

Tema N° 4: Repetición sobre la vida de Ignacio de Loyola

Presentaremos una **Repetición Ignaciana** sobre la Vida de Ignacio de Loyola. Esta le ayudará a Usted como participante del Diplomado grabar e interiorizar los puntos claves de todo lo visto hasta ahora. Es un alto en el camino y la orientación para hacer el trabajo personal que enviarán al tutor oportunamente.

Iniciamos con una introducción sobre lo que es y el sentido de la *Repetición Ignaciana*.

La repetición Ignaciana en la tradición educativa de la Compañía de Jesús⁵

Es realmente, en la tradición educativa de la Compañía de Jesús, un “cierre” adecuado de una parte del proceso de aprendizaje. Se pretende con ella “fijar” el conocimiento adquirido, organizar el saber en relaciones significativas y desarrollar hábitos intelectuales y volitivos. Miguel Bertrán-Quera S.I. la define como “un proceso de aprendizaje programado con rigor, de modo sistemático, para mejor asimilar y personalizar lo aprendido”⁶.

La “Ratio Studiorum” menciona varios tipos de Repetición: *la primera*, “retener un resumen de los más principal y más útil, para formar un primer núcleo alrededor del cual se puedan agrupar y estructurar los contenidos siguientes”⁷. *La segunda*, o repetición del día siguiente, equivale a dar la “lección” (todo el contenido) ante los demás. En relación a la anterior, ésta repetición ha permitido un lapso de tiempo intermedio para asentar la memoria además de un tiempo para que el alumno haya

⁵ Vásquez Carlos, S.I., *La Repetición Ignaciana según la Ratio Studiorum*, apuntes personales, Bogotá, 2004.

⁶ Bertrán-Quera S.I., *La Pedagogía de los Jesuitas en la Ratio Studiorum*, San Cristóbal y Caracas, 1984, p. 212

⁷ *Ibíd.*, p. 213

hecho un estudio personal y privado⁸. *La tercera* es la repetición semanal o sabatina. Dice la Regla para los profesores (en la *Ratio Studiorum*): “El sábado haya repaso de todo lo explicado durante la semana”. Asegura y consolida el proceso educativo y de aprendizaje de toda la semana⁹.

La Repetición, pues, no es un volver sobre todo lo que se ha estudiado, como se indicaba, sino repetir lo que ha producido los sentimientos más hondos, las respuestas más profundas y los núcleos estructurales más significativos del aprendizaje. Integra adecuadamente lo intelectual con lo afectivo: mente, corazón y acción.

Como anota San Ignacio en los Ejercicios Espirituales, la Repetición se hace “notando y haciendo pausa en los puntos en que he sentido mayor consolación o desolación o mayor sentimiento espiritual...” (cfr. Ejercicios, n. 62).

Busca, pues, consolidar y “saborear”; consiste así en repetir lo que nos ha gustado más, lo que nos ha impactado más, etc. Pretende, por tanto, que al volver sobre el tema se *aprenda más*, se integre mejor lo que se ha conocido, se analice el conjunto más adecuadamente y pueda llevarse a la acción lo aprendido más fácilmente.

La Repetición se puede tener al final de una clase con los temas del día. Ordinariamente, se usa al final de una secuencia de Unidades de Aprendizaje. Se puede también realizar, como se indicó antes, al día siguiente o al final de la semana.

Los exámenes en clase, el resumen en el cuaderno, un trabajo o “memoria” de clase y otros similares que se utilizan actualmente, son ejemplos de “Repetición” aunque imperfectos pero, bien orientados, pueden llegar a ser la Repetición recomendada en la tradición educativa de la Compañía de Jesús. Recordemos que la Repetición implica la interacción cooperativa entre el profesor y el alumno. Aquél la planifica y sistematiza. El alumno la integra.

⁸ *Ibíd.*, p. 214

⁹ *Ibíd.*, p. 215

De la Repetición no se dispensa a ningún nivel de aprendizaje, según la Ratio Studiorum. Estaba prescrita aun para los estudios superiores de Filosofía y Teología¹⁰.

La Repetición, como puede deducirse, ha constituido uno de los principales métodos pedagógicos propios y exitosos de los jesuitas a lo largo de su ya larga historia de tradición educativa.

Trabajo de repetición Ignaciana

En los siguientes documentos del P. Josep Rambla y del P. Ferrán Manresa, se encuentra una visión de conjunto de la vida de Ignacio y de su espiritualidad. Aunque están dirigidas a Jesuitas, la experiencia con laicos/as de nuestras instituciones apostólicas que los han leído nos ha mostrado su aplicabilidad y enriquecimiento para su trabajo apostólico, desde la visión ignaciana, en cualquiera de las obras en las cuales se desempeñe profesionalmente.

Las preguntas allí incluidas serán la base para el trabajo final de Módulo. Este trabajo completo, con las lecturas realizadas en todo el Módulo, puede demandarle alrededor de 15 horas de trabajo por lo menos. Las respuestas a las preguntas aquí incluidas no deben sobrepasar las 5 páginas a renglón simple.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 216

Orientaciones generales para la lectura personal de la autobiografía de Ignacio de Loyola¹¹

1. La acción del Espíritu en Iñigo Josep Rambla S.J.

1. Breve recordatorio sobre la genesis y las características de “El Peregrino” (Autobiografía)

El relato fue objeto de una insistente demanda. Por fin, Ignacio accedió a hacerlo, después de muchas oraciones, incluso acerca de la persona a quien iba a hacer las confidencias que debían ser transmitidas fielmente a los otros compañeros.... El elegido es el P. Luis Gonçalves da Câmara S.J.

Empieza la narración, pero resulta una tarea muy accidentada: enfermedades, ocupaciones agobiantes, viajes... Sin embargo, el relato llega a término, aunque con las señales inequívocas de una gestación tan difícil...

El procedimiento de redacción fue este: Ignacio narra, Câmara anota brevemente y luego dicta con mayor amplitud al amanuense. La memoria de Câmara es privilegiada. Además, el mismo confidente asevera categóricamente que ha guardado una total fidelidad, incluso literal, a las palabras de Ignacio...

Nos quedamos, sin embargo, con algunos interrogantes. ¿Nos ha llegado íntegro el relato? ¿No ha sido mutilado en el mismo comienzo?...

¹¹ Texto tomado y adaptado de Rambla J., y Manresa F., *Retiro con “El Peregrino”*, Seminario sobre los Ejercicios Espirituales en el quinto centenario del nacimiento de Ignacio de Loyola, Compañía de Jesús, Cataluña, 1991.

2. “La acción del Espíritu en Iñigo” (primera aproximación a la peregrinación Ignaciana)

“Hasta los veintiséis años de su edad” (Autob. 1)

La primera etapa de la vida de Iñigo es la preparación de una masa –formada y deformada– que más tarde Dios mismo trabajará... Pero lo cierto es que, cuando Iñigo cae herido, su existencia no está vacía... Es un hombre que lleva en la sangre la tradición de la tierra vasca; educado en un ambiente de fe sólida, aunque de costumbres no siempre coherentes; los largos años de vida de corte y de sus sueños caballerescos alimentan su sentido del honor, le hacen valeroso y le proporcionan una base cultural notable... Las ambigüedades y males de estos años quedan perfectamente expresados con estas palabras: “fue hombre dado a las vanidades del mundo, y principalmente se deleitaba en ejercicio de armas, con un grande y vano deseo de ganar honra”. En Iñigo se realiza ya lo que más tarde pedirá como condición a quien va a iniciar el itinerario de la vida cristiana madura: que sea “para algo”.

Esta ánima que aún estaba ciega, aunque con grandes deseos de servirle en todo lo que conociese (Autob. 14).

Todo empezó con un cambio de sentido, el de su generosidad: cambio de “señor” y de “señora”, emular los verdaderos caballeros –“caballeros a lo divino”,– los santos... Buen inicio, pero sólo inicio... Porque, ciertamente, los deseos –“grandes deseos”, son el fundamente indispensable de un crecimiento en la vida de la fe. Apuntan ya hacia aquel “Dios siempre mayor” que nos abre siempre “más” a El. Los **Ejercicios** han recogido una resonancia de este momento inicial: “mucho aprovecha entrar en ellos con grande ánimo y liberalidad...”. Pero esto no basta; es preciso ver con claridad...

Le trataba Dios de la misma manera que trata un maestro de escuela a un niño (Autob. 27).

En Manresa Dios fue enseñándole hasta la gran *lección*, la mayor “ayuda” que Ignacio recibió de Dios en toda su vida. Dios, como buen educador -el único auténtico “Padre Espiritual”-, labró a fondo el espíritu de Iñigo: se le manifestó y se le ocultó; le hizo sentir su dulzura y su fuerza, pero también le hizo saborear la amargura de su aparente lejanía... Iñigo aprendió poco a poco el arte de dejarse enseñar por Dios: en la oración, en la penitencia, en la actitud de escucha continua, en el conocimiento e inclinaciones, en el abandonarse a las mociones que le acercan a Dios... Aquel corazón tan generoso, pero ciego, ahora se halla inmerso en “una grande claridad” y “con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas.”

Su firme propósito era quedarse en Jerusalén, visitando siempre aquellos santos lugares (Autob. 45).

Aquella deslumbrante iluminación descubre a Iñigo el Dios de la “condescendencia”, que se hace hombre para “ayudar” a los hombres. De aquí nace el nuevo impulso y el sentido más profundo de la peregrinación a Jerusalén: seguir las huellas de Jesús (“visitando siempre aquellos santos lugares”) y “también tenía el propósito, ultra desta devoción, de ayudar las ánimas”. El amor “loco” por Cristo y la pasión por ayudar a los demás no coincide necesariamente con los planes y proyectos humanos por bien intencionados que sean... Otra lección que Iñigo ha de aprender en Tierra Santa. Por tanto debe regresar a Europa abandonando su idea de permanecer en la tierra del Señor. Y se trae como equipaje espiritual no una respuesta, sino una pregunta: “Quid agendum?” (qué hacer?).

Toda su cosa era si, después que hubiese estudiado, si entraría en religión o si andaría así por el mundo (Autob. 71).

“No se anticipaba al Espíritu, sino que lo seguía” afirma de Ignacio su gran colaborador el P. Jerónimo Nadal. El pobre peregrino descubre pronto que el espíritu se revela a través de las mediaciones. No puede quedarse en Tierra Santa, porque hay que contar con la autoridad eclesiástica; quiere ayudar a los prójimos, necesitará estudiar...; se propone reunir compañeros, deberá poner en acción su capacidad de

persuasión y de formador (y también cargar con las limitaciones humanas)...; desea dedicarse al apostolado con un estilo de vida evangélica, ¿cómo?... En fin, al cabo de muchos años, ya en París, todavía no sabe muy bien qué debe hacer concretamente (también, según Nadal). Una constante no fallaba en todo este tiempo: el peregrino buscaba siempre activamente (estudiaba, intentaba distintas formas de pobreza, daba ejercicios, reunía compañeros...) Incluso, ahora ya con el grupo de “amigos en el Señor”, sin esperar la última y definitiva claridad da un paso que prepara el momento más decisivo que llegará cuando ya esté en Roma: en Montmartre (cerca de París) se realiza el compromiso en un género de vida para poder dedicarse a ayudar a los prójimos... Descifrar los caminos del Señor es un proceso de larga duración, en el cual nunca falta la luz para avanzar y siempre se vislumbran zonas por descubrir...

Vio tan claramente que Dios Padre le ponía con Cristo... (Autob. 96).

Todavía una nueva luz. Después de la gran lección de Manresa –aprendizaje decisivo del discernimiento–, ahora llega la acción definitiva de Dios en la vida personal y corporativa –con los compañeros– de Ignacio: el Padre acoge el grupo de compañeros para servir a Cristo, el Cristo con la cruz, en el camino hacia Roma... No ha terminado todavía la peregrinación y, sin embargo, una cosa ya ha quedado clara: el grupo de compañeros será **Compañía** de Jesús. No se trata de una cuestión de meras palabras, sino que es la expresión de una experiencia mística comparable a la del Santo de Asís en el monte Alvernia. Mediarán todavía muchas dudas y deliberaciones antes de que la compañía llegue a ser **Compañía**; con todo ahora ha llegado ciertamente un momento culminante de aquel itinerario tan largo de búsqueda, porque “vio tan claramente... que no tendría ánimo para dudar de esto, sino que Dios Padre le ponía con su Hijo”. Efectivamente, discernir y tomar decisiones espirituales no es normalmente un acto momentáneo, sino una larga marcha interior hasta un punto donde la niebla se disipa....

Siempre creciendo en devoción... (Autob. 99).

Aquel “más” de los tiempos de Loyola no se ha desvanecido ahora que Ignacio se ha convertido en un Superior de una Compañía en misión de servicio activo a los hombres. Cuando parece que Ignacio ha alcanzado ya la quietud del gozo de Dios, se nos muestra todavía buscando, quiere “encontrar a Dios”. Si hubiese creído que ya había hallado a Dios, hubiese sido el mayor engaño, el más craso error de su vida de peregrino. Pero no, había ido “siempre creciendo en devoción”. Y Dios le había regalado una tal facilidad de encontrarle, que “siempre y a cualquier hora que quería hallar a Dios, lo hallaba”. Ignacio, el hombre de las mediaciones (estudios, planes y métodos, compañeros, instituciones apostólicas y de caridad) es el hombre de la inmediatez con Dios. Un Dios que tiene la iniciativa de su comunicación amorosa, pero que nos pide que le busquemos, que nos liberemos de los ídolos y otras servidumbres, que le mantengamos fidelidad en entrega generosa y confiada.... Así Ignacio nos enseña cómo podemos gozar de la gracia de “crecer siempre en devoción” (unión, gusto, atractivo, fuerza...) “es decir, en facilidad de hallar a Dios”. No hubiésemos osado, ciertamente, pedir tal “testamento y enseñanza paterna”.

3. Puntos para la meditación personal y reflexión compartida

1. Mi vivencia personal

¿“Me siento bien” con el peregrino? ¿Con qué faceta me hallo más identificado? ¿Por qué? ¿Menos identificado? ¿Por qué?

2. Una etapa de la peregrinación

Escoge una etapa de la peregrinación Ignaciana: Loyola, Montserrat, Manresa, Tierra Santa, Barcelona, Alcalá, Salamanca, París, Italia, Roma... Analiza la **experiencia espiritual** de esta etapa:

- Ignacio: ¿qué hace? ¿cómo manifiesta su estado espiritual? ¿qué le ocurre y cómo reacciona? ¿Qué elementos de los Ejercicios aparecen en acción?...

- Yo: ¿qué enseñanza descubro para mi vida personal? ¿para mi apostolado? (Si es jesuita: ¿qué semillas de una Compañía renovada –de futuro– destacaría? ¿por qué?).

3. La transformación de la persona a lo largo de la autobiografía

Dios es a la vez “autor de la naturaleza y de la gracia” y, por tanto, no destroza al hombre, sino que lo lleva a la plenitud... Descubre y analiza facetas de la persona de Iñigo que van “convirtiéndose” al evangelio: ¿Cuáles? ¿En qué se transforman? ¿Cómo? ¿Qué conclusiones saco para el crecimiento cristiano? ¿Conclusiones que pueden sacarse para “ayudar a las almas”: educación cristiana, catequesis, conciliaría de grupos, seguimiento espiritual individual...?

4. Ignacio, “modelo” de vida cristiana

Rasgos que marcan de manera “original” la vida y el itinerario cristiano de Ignacio y que pueden inspirar un “estilo de vida cristiana común”: ¿cuáles? ¿cómo pueden concretarse en una vida no jesuítica: laical, sacerdotal, religiosa?.

5. Ignacio, “modelo” jesuítico

¿Qué aspectos de la vida y proceso ignaciano te parecen más *substanciales* para la vida del jesuita? ¿Por qué? ¿Cómo actualizarlos hoy (= concreciones)? ¿Cómo “trabajarlos” (= pedagogía)?.

6. Analizar algunos elementos destacados de la experiencia espiritual de Iñigo.

Discernimiento, oración, conversación espiritual, compañerismo, relación con la autoridad, con la Iglesia, experiencia de Dios y de Jesucristo, apostolado... ¿Cómo lo vive Ignacio? ¿Qué enseña?.

7. Peregrinos en el mundo actual

¿Qué puede significar *El Peregrino* en un mundo que tiende a cierta inmutabilidad (especialización, inculturación...)?

El Espíritu Ignaciano en nosotros

Ferrán Manresa S.J.

1. Introducción

El relato del *peregrino* es para nosotros la *matriz simbólica* de nuestra vocación, de nuestro “modo de proceder” en la vida. Podríamos describir así lo que esta matriz simbólica nos sugiere:

- *encaminándose él*, solo y a pie, hacia Aquel que le había salido al encuentro (= “buscando una y otra vez que todas sus intenciones, acciones y operaciones fueran puramente ordenadas en servicio y alabanza de su Divina Majestad”).
- *fue siendo encaminado* hasta vivir en Aquel cuyo conocimiento interno, hace que nosotros “enteramente reconocidos por tanto bien recibido” (= nuestra vocación), “podamos en todo amarle y servirle”.

J. Rambla S.I., en la exposición anterior, nos ha ayudado sugerentemente a introducirnos en el interior de la peregrinación de Ignacio, a contemplar cómo fue poco a poco viviendo e interpretando el *enigma* de su vida desde el *ministerio* del Señor que le iba atrayendo. Ahora, llevados de una “afinidad más actualizada”, vamos a intentar subrayar algunos de los rasgos que la peregrinación de Ignacio nos sugiere y que tiene especial relieve en nuestro momento presente.

Para ello nos valdremos de la siguiente correspondencia: *nuestra vocación, actualmente vivida, responderá cada vez más al itinerario de Ignacio, si opera en nuestra circunstancia efectos análogos a los que éste operó en la suya.*

Nuestra fidelidad no solo vive y se acrecienta meditando “enunciados” que nos hablan de la peregrinación de Ignacio, sino buscando de qué modo prolongamos con obras, ahora, la fuerza de la tradición que el relato del peregrino sigue generando en nosotros. Dicho de otra manera: si –dejando atrás todo impedimento– dejamos que esta matriz simbólica siga teniendo poder convocante para nosotros. Tanto poder para *convertirnos*, como para *reunirnos*, como para *enviarnos*!.

Los rasgos de que vamos a hablar pueden ser considerados cada uno en si mismo. Pero adquieren más relieve cuando intuitivamente son “captados en su relación entre ellos” de todos modos, tal relación, contada con “fuerza”, es obra del espíritu. A través del hecho de que p.e uno de ellos adquiera más relieve ahora para nosotros, vamos siendo introducidos en el “vínculo” entre todos ellos. Es entonces cuando alcanzamos “conocimiento” interno de cada uno de ellos; es entonces cuando el *relato* (del *peregrino*) se convierte en la matriz *simbólica* de nuestra vocación.

2. El relato del peregrino como “experiencia fundante” para nosotros

a) ¿Qué es una “experiencia fundante”?

Aquella que, para quien la vive, es un “*comienzo*”, un principio. Y que, en este sentido, *nos recrea*. O dicho en términos evangélicos: por la que “volvemos a nacer”. De ese modo tal experiencia nos coloca y nos dispone de forma *nueva* ante Dios y la muerte. De forma diferente a la que anteriormente vivíamos. Dicho, expresado en sus consecuencias: aquella que nos coloca de forma nueva ante el mundo (en el que vivimos a Dios y a la muerte). Esta nueva forma de vivir y vivirnos en el mundo consiste en:

- ✓ Ir asumiendo, afrontando y superando la cadena de “muertes metafóricas” que tanto en él como en nosotros encontramos,
- ✓ Ir recibiendo, agradeciendo y entregando todo lo que vivimos “venido de arriba”.

A esta experiencia la llamamos “fundante” porque inicia, acompaña y consuma cualquier otra experiencia concreta que la vida nos depare. Aún cuando tenga inicios concretos, se va convirtiendo en el cuenco (matriz) desde el cual vivimos e interpretamos todas las demás experiencias. Desde el cual las acogemos. Es, por tanto, una experiencia dinámica porque moviliza a todas las demás. Es la experiencia (de fondo) de las experiencias (vividias).

No la podemos fabricar. Mas bien, al sernos dada nos capacita para ir persiguiendo el rastro de Aquel que nos la ha dado, a través de todo nuestro itinerario personal y apostólico. Si a primera vista este itinerario nos aparece a veces como producto de nuestro esfuerzo, resultado de un voluntarismo (o personal, o comunitario, o institucional); reconocida más a fondo, no es más que el fruto del espíritu que va labrando en nosotros una actitud hecha toda ella de obediencia (a aquella experiencia fundante).

b) ¿Cuál fue la “experiencia fundante” de Ignacio?

- ✓ Expresándola “para nosotros” la podríamos describir así:
- ✓ Estamos llamados a ser “señores de nosotros mismos” de forma semejante a como el Señor lo es de nosotros;
- ✓ Tal “señorío” radica en una ofrenda (una permanente peregrinación), es decir, en una progresiva desposesión de nosotros mismos. Pues el auténtico señorío no consiste más que en responder a la llamada del “único” Señor.
- ✓ Pero para ello es preciso ser atraído; para poder decir con verdad, más con hechos que con palabras, que “yo quiero, y deseo y es mi deter-

minación deliberada”! Pues el señorío personal encuentra su mejor expresión en la remisión integral de uno mismo en **manos** del único Señor de todo y de todos.

- ✓ Para ir accediendo a ello hay que vencerse a si mismo. Sin embargo, esta victoria es todo lo contrario al instinto de destrucción. No comporta desprecio alguno por nada. Es una victoria que se da allá donde se da la libertad para amar! Para “servir”!.

c) ¿En qué condiciones la experiencia de la que nos habla el relato del peregrino es “fundante” para nosotros?:

- ✓ Si es efectivamente para nosotros una experiencia abierta. Es decir, si una y otra vez nos encontramos en ella. Si, en lugar de ponérsela delante, nos dejamos introducir en ella. Si no es tanto objeto de reflexión como de meditación, es decir, de un acercamiento por el que poco a poco somos transformados por ella. Si, bañados en ella, nos reconocemos en ella. Si dejamos que nuestra historia quede determinada por ella (por aquella historia). Si, puestos ante ella, nos dejamos interpe- lar por el Espíritu, que, desde ella, va siendo derramado dentro de nosotros. Podríamos visualizarlo así: el relato del peregrino (hace ya 4 siglos) delante de nosotros; y el espíritu que de él dimana (ahora), dentro de nosotros.
- ✓ Si es efectivamente para nosotros una experiencia inclusiva. Es decir, nos encontramos (como jesuitas) entre un origen invocado (el relato del peregrino) y un destino asumido (aquel al que el relato nos llama puesto que en él se dan proyectos, esbozos, al menos, inicialmente realizados pero todavía por seguir realizando). La experiencia de Ig- nacio es pues, “fundante” si nos coloca entre la historia que recorda- mos y el destino que intentamos asumir. Ahora bien, encontrarnos a “medio camino” entre un extremo y otro equivale “dar cuerpo” (con nuestro ser y nuestro obrar) ahora, en nuestra circunstancia, a la historia recibida.

- d) ¿En qué notaría más, a través de nuestro “modo de proceder” actual, que efectivamente “vamos dando cuerpo” a la experiencia fundante?

Se notaría en la medida en la que – como en la vida del peregrino- nuestro “modo de proceder” tuviera más y más capacidad de remitir al mundo, al cual –a fin de cuentas – aquella historia del peregrino fue entregada.

Así como la “*unción del Espíritu*” nos inspira movilidad, apertura espiritual, disposición para el cambio, actitud incondicional para encontrar y realizar la voluntad de Dios, etc., así también la “relativa mundanidad” –a lo largo de toda su peregrinación– de la experiencia del peregrino nos llama al desprendimiento, a una vida que revela que nuestro centro está “más allá de las cosas mismas pero en las mismas cosas”, a buscar la mayor universalidad del bien, etc. De no ser así todo esto, ahora estaríamos evocando una historia que en lugar de “*fundarnos*” (= movilizarnos) estaría “tranquilizándonos”, ensimismados en un recuerdo, algo platonizante, que nos alejaría de las tareas presentes.

3. El Relato del Peregrino pone de manifiesto el “fondo dramático” de nuestra vocación

Si recordamos las distintas etapas de lo que podríamos llamar “la vida pública” de Ignacio, veremos cómo todas ellas discurren en medio de un combate tanto interior como exterior a él mismo. Es precisamente a través de este combate como se va abriendo camino -entre salud y enfermedad, entre riqueza y pobreza, entre honor y deshonor, entre vida larga y corta, en medio de todo.... - el “Dios siempre mayor” que por la fuerza de su Espíritu suscita imitar (a Jesús) en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual”.

Ahora bien, este fondo dramático de su vida Ignacio lo va percibiendo con más relieve en la medida en la que *se va dejando iluminar y vigorizar* por el Espíritu de Aquel que por él *se ha hecho hombre*. Es más: cuanto más le sigue, tanto más consciente es del “desorden de sus operaciones” y, lo que es más, “del conocimiento

del mundo”. Tal vez nosotros, excesivamente familiarizados con los Ejercicios Espirituales y conocedores del *relato del peregrino*, olvidamos excesivamente de prisa el “fondo dramático” tanto de la peregrinación de Ignacio como de la nuestra: una gran lección del relato de la vida de Ignacio es ésta: *siempre* habrá que seguir deliberando, *siempre* habrá que ir discerniendo, *siempre* habrá que ir “inventando” la libertad, *siempre* habrá que ir confirmando pacientemente la corrección de las decisiones tomadas, *siempre* habrá que ir experimentando -en suma- que nuestra vocación *no sólo no sustituye ni disminuye, antes bien agudiza* (= desvela su última radicalidad) y supera (= transforma en “fondo sapiencial”) el fondo dramático de nuestra peregrinación.

Este hecho -la permanencia de este “fondo dramático” de nuestra vida, permanencia no sólo no olvidada sino “asumida”- se traduce en una actitud de *respeto, lucidez y confianza* en relación con cada hombre y con el mundo. Una actitud que está en la base de la forma s.j. de relacionarse con cada persona y con estructuras sociales o fenómenos culturales: a distancia de una actitud que podríamos llamar *autoritaria, apologética o paternalista* por un lado y a distancia también otra actitud que podríamos llamar *acomodaticia, agresiva o defensiva*. Podríamos visualizarlo así: Ignacio en muchos momentos de su vida fue un “*resistente espiritual*” ante situaciones que le fueron adversas y también –poco a poco- se lo fue enseñando la vida ante sus inquietas anticipaciones. Fue de aquellos que creyó más en los “procesos que nacen desde dentro” que en las consignas que nos vienen desde fuera (cfr. EE).

4. El Relato del Peregrino como “proceso de aprendizaje”

Toda la experiencia espiritual de Ignacio, tomada en su conjunto, es un *proceso de aprendizaje* (solemos decir de discernimiento). Un proceso por el que –primero, Ignacio; y después, nosotros- vamos aprendiendo a *progresar*, a orientarnos y a *adiestrarnos* “en la vida” comenzada del divino servicio.

A lo largo de dicho proceso,

- vamos aprendiendo –una y otra vez- a “volver a las fuentes”, es decir a “partir de una historia”, de tal manera que haciendo esto en distintas circunstancias, que plantean diferentes retos y que demandan de nosotros distintas respuestas; brevemente: “narrando la historia, ahora y aquí”; renovamos “el cuerpo” en tal historia fundamentado y por ella revitalizado. Esto es a mi modo de verlo que, p.e., ha ocurrido con la C.G. XXXII - y en otros momentos de la historia de la Compañía y de la historia de cada uno de nosotros (p.e., cuando en algunos momentos de nuestra vida sentimos la necesidad de hacer “un mes de EE”)–.
- vamos aprendiendo –cada vez más- que, en el fondo, elegir consiste *en ser elegido*, que situarnos en disposición y en situación de un servicio “siempre mayor” consiste en descubrir y dejarse afectar por el rostro de Aquel que *desde afuera y desde adentro* nos llama no sólo al emprendimiento sino también al desprendimiento.
- Vamos aprendiendo –poco a poco- a adiestrarnos a vivir el fondo dramático de nuestra vida y de nuestra vocación: *entre pobreza y riqueza, entre honor y desprecio*. Es decir, entre la necesidad que como seres naturales sentimos y el *deseo* que como seres sociales nos puede. Vamos aprendiendo poco a poco a vivir no tanto en la apariencia como en la verdad. No tanto en función del “*personaje*” que todos nosotros en la vida social desempeñamos, sino como aquellos que “*se dejan personalizar*” respondiendo humildemente a las llamadas del Señor.

Este proceso de aprendizaje es una *mayéutica*: a partir de “llamadas” que nos vienen de afuera de nosotros, vamos *interiorizándolas* y así se van abriendo en nosotros “*espacios de libertad*” desde los cuales exteriorizar (ofrecer, situarse, cambiar, etc.); mediante la acción, aquella libertad recibida en forma de *servicio entregado*. He aquí la forma ignaciana de ir no sólo “haciendo cosas” sino sobre todo de “*servir a los hombres llevados de la inspiración del Espíritu*”. He aquí una forma, nada fácil, de ir

superando esquematismos ideológicos en los que en muchas ocasiones nos encontramos aprisionados.

Vivir tal proceso de aprendizaje no es fácil. Porque en la práctica significa: a) vivir “*hipotéticamente*”, es decir, vivir *disponiblemente*, y b) vivir “*reguladamente*”, es decir, con *criterios que nos unen*. Dicho de otra manera: vivir tal proceso de aprendizaje equivale a dejarse abrir una y otra vez por el Espíritu y *concretar* una y otra vez por los criterios que la misma experiencia del Espíritu va ofreciendo.

5. El Relato del Peregrino como relato del Dios que va viniendo en la medida en la que el peregrino va siguiendo a Jesús

Según el relato, el peregrino, a lo largo de su vida, fue poniendo en relación *circunstancias externas* en las que se encontró con *situaciones internas* que vivió. Así, poco a poco, fue descubriendo la forma en que colocarse desde las segundas ante las primeras. De este modo buscaba de qué forma colocarse –*como Jesús*– desde las unas ante las otras. Así es como Ignacio, siguiendo a Jesús, buscaba colocarse ante el mundo como se había colocado Jesús.

Ahora bien, *Jesús*, –por decirlo brevemente– es la forma que tuvo y tiene Dios de colocarse ante el mundo. Es la forma divina de colocarse Dios ante el mundo (en él). Pues bien, en la medida en la que Ignacio iba colocándose ante el mundo como Jesús (ante el mundo que es un tejido de relaciones estructurales, históricas, interpersonales, etc), *el mundo* –así entendido– *se iba convirtiendo para él en el lugar en el que Dios se hace presente*: esto es lo que queríamos decir con la palabra “*advierto*” de Dios.

Meditando el *relato del peregrino*, podemos ir dándonos cuenta de cómo ir pasando de una forma de “vivir en el mundo” (que o no percibe la presencia de Dios en él o cree percibir dicha presencia alejándose de él) a otra forma de “vivir para el mundo”, toda ella producto del seguimiento de Jesús progresivamente interiorizado. Es decir: podemos ir comprendiendo cómo según nos coloquemos ante la *evidente opacidad*

del mundo, encontramos en él una “*luz más evidente*” aún: ¡la transparencia de Dios en todas las cosas! No es extraño que, para decirlo con palabras evangélicas, Ignacio, con creciente naturalidad, fuera “vendiéndolo todo” para “comprar el campo en el que esconder el tesoro hallado”. Quisiéramos subrayar esto: *el progresivo paso que, según el relato del peregrino, se va dando desde el seguimiento de la persona de Jesús, a través del servicio al Reino de Dios, hasta una manera de estar, vivir e interpretar “todo”, por la que “se reconoce la presencia de Dios en todas las cosas”*. Lento proceso –largo y duro– de integración por el cual podemos, p.e., ir superando actitudes “positivistas”, “activistas”, “dualistas”, para ir llegando poco a poco al fondo “comunicativo” –sin dicotomías– del “corazón”.

Dos consecuencias:

- **Conciencia de “discreción:** conciencia de que lo auténticamente grande tiene siempre “pequeños comienzos”. De que la grandeza de Dios se manifiesta en su capacidad de estar en lo pequeño. Conciencia de servicio como “*revelador de esta paradoja*”. Conciencia de suma “modestia” como cualidad del modo de proceder de Dios. Conciencia de “recogimiento” ante nuestra inclinación hacia la atomización de “concentración” frente a toda dispersión, etc.
- **El uso de todo lo que pueda servir para obtener lo que quiero:** a veces con nuestra forma de proceder tanto en la vida comunitaria como en la vida apostólica damos a entender que el *uso instrumental* de medios queda justificado por la finalidad de nuestra vocación. Pues bien, si afinamos un poco y nos dejamos llevar por el espíritu del relato del *peregrino*, hemos de reconocer que el *uso de medios es regulado por la transformación de corazón y de cuerpo del peregrino*: pobreza, desprendimiento, relativización de medios, etc. Gestos individuales en primer lugar del *peregrino* que se van convirtiendo poco a poco en condiciones básicas de la forma de ser y actuar de todo el “cuerpo” de la Compañía. Dicho de otra manera: *cuanto más Dios va adviniendo a la vida del peregrino*, tanto más se va dejando este colocar ante la pobreza, tanto entendida como actitud de vida como ubicación social.

6. El Relato del Peregrino delata un agudo “instinto práctico”

Según el relato de su peregrinación, Ignacio fue un hombre que vivió *con suma lucidez* su propia experiencia. Esta lucidez es la que le permitió y le capacitó para comunicarnos no sólo la descripción de los hechos de su vida sino sobre todo “*reflexiones*” *personales* por las cuales aquella experiencia ha sido *transportable*. Es decir, se ha hecho capaz de ser vivida ahora por nosotros. Esta lucidez le dio además penetración para ir *concretando los medios* que, puestos en práctica, pueden ayudar a introducirnos en el camino que –a semejanza de Ignacio– vamos nosotros recorriendo.

Nos contentamos con ejemplificar de *dos maneras* distintas, lo que queremos decir:

- Al querer introducir poco a poco a sus compañeros en la común vocación, Ignacio se valía de prácticas concretas y circunstanciadas, según los casos. De ellas esperaba que la palabra pronunciada o la intención sentida o el deseo esforzado fueran algo más que meras verbalizaciones, meras intenciones o meros deseos. De tales prácticas concretas esperaba que quien las pusiera en juego experimentara lo que sus palabras, intenciones o deseos sugerían. Ignacio desconfiaba de posiciones como éstas: “pienso así, siento así, hablo así etc.; luego mi obra ya es así”. Creía más bien Ignacio que sólo la experiencia vivida a través de tal práctica concreta era capaz de producir la suficiente capacidad para dar cuenta responsablemente de lo que pretendemos. Esto es lo que me parece se encierra en aquella famosa práctica: “no el mucho saber harta y satisface al ánimo, mas el sentir y gustar de las cosas internamente”. Por eso habría que *experimentar* la resistencia de la realidad ante los objetivos apostólicos que nos proponemos, etc. Es decir, Ignacio, *como pedagogo*, no sólo atendía a los fines (que, sin medios concretos son en muchas ocasiones meras declaraciones utópicas y vacías) sino sobre todo a los *medios* (en los cuales “*se encarnan*” aquellos fines).

- En la medida en que Ignacio fue situando poco a poco a la Compañía según las *necesidades* del momento y según la *vocación* de esta la fue situando en lo que podríamos llamar los intersticios de la historia y en los agujeros de la sociedad. Con otras palabras: en la medida en la que Ignacio iba *interiorizando* la peregrinación de Dios al mundo en Jesucristo (Kénosis), iba *exteriorizando* la suya (y la de sus compañeros) hacia aquellos lugares “*indecisos*” de la historia que él y sus compañeros –con su servicio– podían *decir* en un sentido o en otro y hacia aquellos lugares “*oscuros*” de la sociedad en los que con su presencia podía *desvelar* la salvación de Dios. Todo esto es en el fondo algo más que “acomodación oportunista” o “acción apostólica especial”. Es –ni más ni menos– la presencia de la “*tercera manera de humildad*” que prácticamente marca la peregrinación apostólica de Ignacio y la nuestra!.

A continuación participe activamente en la Actividad de Aprendizaje N° 1:
Análisis sobre la vida de San Ignacio.
Foro sincrónico con la participación de un experto: Autor del Módulo.

* * *